



El emperador alemán, Guillermo II (derecha), visitando una división de infantería en el frente del oeste, hacia 1916

BERGER VINTAGE / GETTY IMAGES

LA HERENCIA ESCRITA DE LA PRIMERA GUERRA MUNDIAL (3)

Vivir por la patria

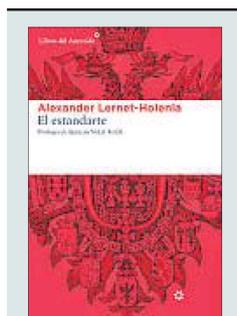
ALEX TORT
Barcelona

En junio de este año, en una conferencia dirigida a las Fuerzas Armadas, el presidente del Gobierno, Mariano Rajoy, afirmó que "España es una patria común por la que merece la pena sacrificarse". El matiz en "sacrificarse" es diverso: desde trabajar para el desarrollo de su país, hasta el sobreentendido en este caso, morir por la patria.

Apelar al sentimiento patriótico es común en toda contienda. La movilización militar así lo requiere. En la literatura sobre la Gran Guerra se da buena cuenta de ello, y alguno de los más apasionados escritores belicistas muestran su predisposición a morir por su nación. El más claro, Ernst Jünger, autor de *Tempestades de acero* (1920), que por su patria recibió hasta 14 heridas de guerra. Su espíritu aventurero y su fervor lúdico por la guerra no le amilanaban, e incluso en la ocasión en que es trasladado herido en tren por tierras alemanas afirma: "A la vista de las colinas del Neckar, que estaban coronadas de cerezos en flor, experimenté un intenso sentimiento de amor a la patria. Qué bello era aquel país y cómo merecía que por él derramásemos la sangre y diéramos la vida".

Uno puede sacrificarse por su jefe de estado siguiendo el dictado del *Selbsterziehung zum Tod fürs Vaterland* (*Manual autodidacta de cómo morir por el emperador*, 1915), de Udo Kraft, o acogerse al *Dulce et decorum est pro patria mori* (Dulce y honorable es morir por la patria) de Horacio, pero lo que queda claro es que la mayoría de personajes en las novelas sobre la Gran Guerra no están dispuestos a morir ni por uno ni por la otra.

El poeta inglés Wilfred Owen usó satíricamente la frase horaciana en uno de sus poemas para designarla como "la vieja mentira"; su amigo, Robert Graves, autor de *Adios a todo eso* (1929), señala que "el patriotismo en las trincheras era un sentimiento demasiado remoto, se consideraba sólo válido para la población civil y los prisioneros. Cualquiera recién llegado que hablaba de patriotismo recibía pronto la orden de callar". En *El pueblo en la guerra*



Caida del imperio austrohúngaro. *El estandarte* (libros del Asteroid) de Alexander Lerner-Holenia es una novela imprescindible para comprender el paulatino desmoronamiento de Austria-Hungría y el resurgimiento de los nacionalismos europeos.

"El patriotismo en las trincheras era un sentimiento remoto, se consideraba sólo válido para los civiles y los prisioneros"

Cita destacada

- Cada vez comprendo menos que el sentido de la vida sea la muerte, pues las personas cometemos el pecado más monstruoso contra la vida al morir de un modo tan absurdo.
- Pero, señor Reisiger, quién habla de una muerte absurda. Estamos hablando de morir por la patria.
- Es que yo hablo de vivir por la patria -aduce Reisiger-. Como he dicho, no quiero decir nada... porque entonces me habría sentado en el carro con el capitán, pero no sé cuánto tiempo todavía podré, yo particularmente, creer en una muerte honrosa en el campo de batalla.

PARTES DE GUERRA Edlef Köppen

(1917), de Sofia Fedórchenko un soldado ruso manifiesta que "la ropa que llevamos es del zar, pero el pellejo es nuestro".

Pero en *El estandarte* (1934), de Alexander Lerner-Holenia, cuya primera página está dedicada a un juramento de fidelidad al emperador austrohúngaro, Francisco José, es donde el absurdo amor por la patria y sus símbolos alcanza su cenit en un diálogo entre el alférez Hebert Benis y su amada:

-¿Y qué es lo que quieres hacer con él todavía?

-¿Con el estandarte? Tengo que devolverlo. Al menos debo tratar por todos los medios de volverlo a llevar a los nuestros.

-(...) ¿Así que incluso te harías matar por causa de este trocito de tela?

-Sí.

-¿Es una locura!

-No estoy aquí para discutir contigo si es una locura lo que fue sagrado para miles.

Benis es el ejemplo del soldado fiel a la patria que finalmente parece darse que valores como este van perdiendo sentido. También lo es el altanero Manfred von Richthofen, quien en *El avión rojo de combate* (1917) se enorgullece de derramar "una gota de sangre por la patria", titulado un capítulo de este modo, pero a diferencia de Benis, su locura patriótica permanece hasta el día de su

muerte, el 21 de abril de 1918.

En cambio, pacifista hasta el tuétano es Jean Dartemont, el protagonista de *El miedo* (1928), de Gabriel Chevallier. Se muestra hastiado con el conflicto y repudia esta guerra que no entiende: "¿La Patria? Una palabra más que usted, a distancia, rodea de un cierto halo de ideal. ¿Quiere reflexionar sobre lo que es la patria? Pues ni más ni menos que una junta de accionistas, una forma de la propiedad, espíritu burgués y vanidad. Piense en el número de individuos que se niega usted a frecuentar en su patria, y verá que los vínculos son muy convencionales... Le aseguro que ninguno de los hombres que he visto caer a mi alrededor murió pensando en la patria, con satisfacción del deber cumplido".

Al igual que Dartemont, Louis Barthes, da testimonio desde el bando francés de la contienda en *Cuadernos de guerra 1914-1918* (publicado en 1978) y termina asqueado una vez finalizado el conflicto. Obligado a formar filas, celebra escapar "al fin de las garras del militarismo, por el que sentía un odio feroz. Este odio se lo inculcaré a mis hijos, a mis amigos, a toda mi gente cercana. Les diré que la Patria, la Gloria, el honor militar y los laureles no son más que palabras huecas destinadas a ocultar todo lo horrible, espantoso y lo cruel que hay en una guerra".

¿Luchar por el emperador? Ni mucho menos. En *Sin novedad en el frente* (1929) de Erich Maria Remarque, en un excepcional diálogo entre soldados alemanes se busca justificación para la guerra y darle un sentido. La conclusión absurda (o quizá no tanto) es que Guillermo II necesita una para pasar a la historia: "todo gran emperador necesita, por lo menos, una guerra. Si no, no se hace célebre. Verás, mira en tus libros de estado".

"Cuando el Estado se hace llamar Patria, se está preparando a asesinar", dijo Friedrich Dürrenmatt. Se dice que el *Dulce et decorum est pro patria mori* fue usado como frase humorística en los brindis de estudiantes en el siglo XIX al añadirle *sed dulcius pro patria vivere, et dulcissimum pro patria bibere. Ergo, bibamus pro salute patriae*, es decir, "pero es mucho más dulce vivir por ella y más aún beber por ella. Por lo tanto, brindemos a la salud de la patria". Mejor que morir es vivir por la patria. Lo confirman los escritores que sufrieron en sus carnes los desastres de la Gran Guerra.



Ernst Jünger, en 1918